



CAPÍTULO VII.

Historia del mancebillo barbero.



ERNANDO Perez de la Fuente, mi abuelo (porque me gusta tomar las cosas muy de atras), despues de haber seguido el oficio de barbero en la noble villa de Olmedo por espacio de cincuenta años, murió dejando cuatro hijos. El primogénito, por nombre Nicolas, heredó la tienda, y siguió la misma profesion. Beltran, que fué el segundo, se metió en la cabeza el ser mercader, y trató en mercería. El tercero, llamado Tomas, se dedicó á maestro de escuela. El cuarto, que se llamada Pedro, sintiéndose inclinado á estudiar, vendió su legitima, y se fué á Madrid, donde esperaba darse con el tiempo á conocer por su erudicion y su ingenio. Los otros tres hermanos nunca se separaron, manteniéndose en Olmedo, y allí se casaron todos tres con hijas de labradores, que trajeron en matrimonio poca dote, pero en recompensa de ella una gran fecundidad; pues parece habian apostado á cual habia de parir mas. Mi madre, que era la muger del barbero, parió seis en los cinco años primeros de casada, siendo yo uno de ellos. Mi padre, luego que tuve fuerzas, me puso á su oficio, y apenas cumplí quince años, cuando un dia me echó áuestas la alforja que veis, y ciñéndome esta misma espada:—Ea Diego, me dijo, ya puedes ganar la vida, vete á correr mundo. Estás algo basto, y te conviene viajar para limarte, como tambien para perfeccionarte en tu oficio. Vete, pues, y no vuelvas á Olmedo hasta haber andado toda España; no quiero oír hablar de tí hasta que hayas hecho todo esto. Dióme un paternal abrazo, cogióme de la mano, y bonitamente me condujo hasta ponerme de patitas en la calle.

Esta fué la tierna despedida de mi padre; pero mi madre, que era de genio menos áspero, se mostró mas sentida de mi marcha. Echó algunas lágrimas, y aun me metió á escondidas en la mano un ducado. Salí, pues, de Olmedo en esta conformidad, y tomé el camino de Segovia. No bien habia andado doscientos pasos, cuando ecsaminé la alforja, picándome la curiosidad de saber lo que llevaba. Encontréme un estuche hendido y abierto por todas partes dentro del cual habia dos navajas de afeitar, tan mohosas, gastadas y mugrientas, que parecian haber servido á diez generaciones, con una tira de cuero para suavizarlas, y un



pedazo de jabon. Ademas de eso hallé una camisa nueva de cáñamo, un par de zapatos viejos de mi padre, y lo que sobre todo me alegró fueron unos veinte reales que encontré envueltos en un trapo. A esto se reducía todo mi haber. Por aquí podrá vd. conocer lo mucho que fiaba mi padre en mi habilidad, cuando me echó de su casa con tan poco ajuar. Sin embargo, la posesion de un ducado y veinte reales mas no dejó de deslumbrar á un muchacho que en toda su vida habia visto tanto dinero junto. Consideréme con un caudal inagotable; y lleno de alegría proseguí mi camino mirando de cuando en cuando el puño de mi tizona, cuya hoja se me enredaba entre las piernas, me molestaba, é impedía caminar.

Hácia el anoecer llegué al reducido lugar de Ataquines, con una hambre que ya no podia sufrir. Entré en el meson, y como si me sobrase mucho para el gasto, mandé en voz alta que me trajesen de cenar. El mesonero me estuvo mirando con atencion algun tiempo, y conociendo lo que podia ser yo:—Sí, me dijo con mucha dulzura; sí, caballero mio; vd. será servido como un príncipe. Condújome á una pieza pequeña, y un cuarto de hora despues me sirvió un encebollado de gato, que comí con tanto apetito como si fuera de liebre ó de conejo. Acompañó este esquisito guisado con un vino que, segun él decia, el rey no le bebia mejor. Y aunque conocí muy bien que ya era un vino embrion de vinagre, sin embargo le hice tanto honor como habia hecho al gato. Despues era menester, para ser tratado en todo como un príncipe, que me dispusiesen una cama, mas propia para despertar á una piedra, que para dormir. Figúrese vd. una tarima tan corta, que, aun siendo yo pequeño, no podia estender las piernas sin que saliesen fuera la mitad. Fuera de eso el colchon de pluma se reducía á una especie de jergon ético y estrujado, cubierto de una sábana doblada, que despues de su última lavadura habria servido quizá á cien pasajeros. Con todo eso, en la cama que fielmente acabo de pintar, con la barriga llena de gato y de aquel precioso vino que antes describí, gracias á mis pocos años y á mi natural robustez, dormí profundamente, y pasé la noche sin la mas leve indigestion.

Al dia siguiente, luego que hube almorzado y pagado bien la buena comida que me habian servido, me planté de una tirada en Segovia. Así que llegué tuve la fortuna de que me recibiesen en una tienda, dándome solo de comer y vestir; pero no paré allí mas que seis meses, porque otro mancebo barbero, con quien habia trabado amistad y queria ir á Madrid, me levantó de cascas, y me marché con él á esta villa. Acomodéme luego fácilmente sobre el mismo pié que en Segovia, en una tienda de

las mas concurridas, pues su vecindad al corral¹ del Príncipe atraia á ella tanta multitud de parroquianos, que el maestro, dos mancebos y yo no bastábamos á dar abasto á todos. Allí iban personas de todas clases, y entre ellas, comediantes y autores. Una vez se juntaron dos sujetos de esta clase: pusieron á hablar de los poetas y las poesías del tiempo, y les oí pronunciar el nombre de mi tío. Entonces me apliqué á oírlos con mayor atencion. Don Juan de Zabaleta, dijo uno, es un autor de quien me parece que el público no debe estar muy satisfecho. Es un hombre frio, sin fuego y sin inventiva. La última comedia suya le desacreditó escesivamente.—Y Luis Velez de Guevara, dijo el otro, ¿no acaba de regalarnos con una bellissima obra? ¿Puede haber cosa mas miserable? Nombraron no sé á cuantos otros poetas, cuyos nombres no tengo presentes; pero me acuerdo bien de que hablaron de ellos muy mal. De mi tío hicieron ambos mas honorífica mencion.—Sí, dijo uno de ellos, Don Pedro de la Fuente es un grande autor; sus escritos están llenos de una gracia y de una erudicion, que al mismo tiempo instruyen y deleitan por su delicada sal. No me admiro de que sea estimado de la corte y del pueblo, ni de que muchos señores le hayan señalado pensiones. Ha muchos años que goza una gruesa renta, y el duque de Medinaceli le da casa y mesa; por lo que nada gasta, y así es preciso que esté muy bien y tenga dinero.

No perdí palabra de todo lo que dijeron de mi tío aquellos poetas. Ya sabiamos en la familia que hacia mucho ruido en Madrid con motivo de sus obras. Algunas personas al pasar por Olmedo nos habian informado de lo bien admitido que estaba; pero como nunca nos habia escrito, y parecia haberse estrañado mucho de nosotros, oíamos todas aquellas noticias con la mayor indiferencia. No obstante, como la buena sangre no puede mentir, luego que oí decir que lo pasaba tan bien, y me informé de las señas de su casa, tuve tentacion de ir á verle y darle á conocer con él. Solo me detenía el haber oido á los cómicos llamarle Don Pedro. Aquel *don* me hacia titubear, recelando fuese otro del mismo nombre y apellido de mi tío. Con todo eso vencí al cabo este temor, pareciéndome que así como habia sabido hacerse sabio, podia tambien haber sabido hacerse noble y caballero, y así resolví presentarme á él. Para esto al dia siguiente con licencia de mi maestro me vestí lo mas decentemente que pude, y salí á la calle no poco vanaglorioso y cuellierguido de verme sobrino de un hombre cuyo ingenio metia en la corte tanta bulla. Sabido es que los barberos no son la gente del mundo menos sujeta á la vanidad. Comencé, pues, á tenerme en gran opinion, y caminando con orgullosa gravedad, pregunté por la casa del duque de Medinaceli. Ense-

¹ Así se nombraban entonces los teatros en Madrid, y así se han nombrado casi hasta nuestros dias.

ñaronmela, y entrando en ella supliqué al portero me dijese cuál era el cuarto del señor Don Pedro de la Fuente.—Suba vd. por aquella escalerilla, me dijo, mostrándome una que estaba al fin de un patio, y llame á la primera puerta que encuentre á mano derecha. Hícelo así; llamé á la puerta, y salió á abrir un mocito, á quien pregunté si vivia allí el señor Don Pedro de la Fuente.—Sí, señor, me respondió, pero ahora no se le puede entrar recado.—Lo siento mucho, repliqué, pues verdaderamente le quisiera hablar, porque le traigo noticias de su familia. Aunque se las trajera del padre santo de Roma no le haria yo á vd. entrar en este momento, pues está actualmente componiendo, y mientras trabaja no quiere que ninguno entre á interrumpirle y distraerle. De nadie se deja ver hasta medio dia; y así puede vd. ir á dar una vuelta y volver entonces.

Salíme, pues, y me fuí á pasear por Madrid toda la mañana, pensando siempre en el modo con que mi tío me recibiria.—Sin duda, decia yo para mí, que tendrá grandísimo gusto de verme y conocerme, porque media su corazon por el mio; así contaba con que seria muy tierno el acto de vernos y reconocernos. Al fin volví con toda diligencia á la hora señalada.—Viene vd. muy á tiempo, me dijo el page: presto saldrá mi amo, espere vd. aquí, que voy á avisarle. Volvió dentro de un instante, y me hizo entrar donde estaba mi tío, cuya vista me llenó de gozo, porque luego observé en su cara el aire de nuestra familia. Era tan parecido á mi tío Tomas que le hubiera tenido por el mismo, á no haberle visto en aquel trage y en aquel estado. Saludéle con profundo respeto, y le dije que era hijo de maese Nicolas de la Fuente, el barbero de Olmedo, y hermano de su señoría, y que hacia tres semanas que estaba en Madrid siguiendo el mismo oficio de mi padre, en calidad de mancebo, con ánimo de andar la España para perfeccionarme en la facultad. Mientras le estaba hablando advertí que mi tío estaba distraido y pensativo, dudando á la cuenta si me conoceria ó no por sobrino, ó discurrendo algun arbitrio para ecsimirse de mí con arte y con destreza. Tomó este segundo partido, y afectando cierto aire jovial y risueño, me dijo:—Y bien, amigo, ¿cómo están de salud tu padre y tus tíos? ¿en qué estado se hallan las cosas de la familia? Comencé á informarle de su fecunda propagacion: fuíle nombrando uno por uno todos los hijos varones y hembras, comprendiendo en la relacion hasta los nombres de sus padrinos y madrinas. Parecióme que no se interesaba demasiado en tan menuda esplicacion; y queriendo conseguir su intencion:—Ahora bien, querido Diego, me dijo, apruebo mucho el que pienses correr mundo para perfeccionarte en tu oficio, y te aconsejo no te detengas mucho tiempo en Madrid. Este es un lugar muy pernicioso para la juventud, y tú te perderias en él. Mucho mejor harás en recorrer otras ciudades del rei-

no, donde no están tan estragadas las costumbres. Vete, pues, y cuando vayas á marchar, vuelve á verme, que te daré un doblon para ayuda del viage. Diciendo esto me fué llevando poco á poco hácia la puerta de la sala, y me despidió con buenas palabras.

No conocí, por mi poca malicia, que solo buscaba pretextos para alejarme de sí. Volví á la tienda, y dí cuenta á mi amo de la visita que acababa de hacer. El buen hombre, que no penetró mas que yo la verdadera intencion del señor Don Pedro, me dijo:—Yo no soy del parecer de tu tio. En lugar de echarte á correr mundo, me parece debia aconsejarte que permanecieses en Madrid. Él trata con tantas personas de distincion que fácilmente puede colocarte en una casa grande, donde en breve tiempo podrias hacer gran fortuna. Pagado de estas palabras, que escitaron en mi imaginacion grandiosas esperanzas, dentro de dos dias volví á casa de mi señor tio, y le propuse que podia emplear su valimiento para acomodarme con algun personage de la corte. Disgustóle mucho la proposicion. A un hombre vano, que entraba francamente en casa de los grandes, y se sentaba con ellos á la mesa, no le agradaba mucho que un sobrino suyo comiese con los criados, mientras él estuviese comiendo con los amos, pues en tal caso el Dieguillo llenaria de vergüenza al señor Don Pedro. Este, pues, se irritó furiosamente, y lleno de cólera me dijo:—¡Cómo, bribonzuelo, quieres abandonar tu oficio! Anda, vete, que yo te dejo en manos de los que te dan tan malos consejos. Sal de mi cuarto, repito, y no vuelvas á poner los piés en él si no quieres que te haga castigar como mereces. Quedé aturdido al oír estas palabras, y mucho mas me espantó la bronca y destemplada voz con que las pronunció. Retiréme llorando, y muy apesadumbrado de la aspereza con que me habia tratado mi tio. Con todo eso, como siempre he sido de natural vivo y altivo, presto se me enjugó el llanto, pasé, por la contraria, del sentimiento á la indignacion, y resolví no hacer caso de un mal pariente sin el cual habia vivido hasta allí y esperaba vivir sin necesitarle para nada.

No pensé entonces mas que en cultivar mi talento, y en aplicarme al trabajo. Afeitaba todo el dia, y por la noche para recrear un poco el ánimo, aprendia á tocar la guitarra, siendo mi maestro un hombre de edad á quien yo afeitaba. Llamábase Marcos de Obregon, y me enseñaba la música, que sabia perfectamente, porque habia sido cantor en una iglesia. Era hombre cuerdo, de tanta capacidad como esperiencia, y me queria como si fuera hijo suyo. Servia de escudero á la muger de un médico, que vivia á treinta pasos de nuestra casa. Íbale yo á ver todos los dias al anochecer cuando no habia que hacer en la tienda; y sentados los dos en el umbral de la puerta, tocábamos algunas sonatas que no

UNIVERSIDAD DE BURGOS 120
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 BURGOS, BURGOS



desagradaban á la vecindad. Nuestras voces no eran muy gratas; pero dando á la guitarra, y cantando cada uno metódicamente la parte que le tocaba, gustábamos á las gentes que nos oían. Divertiase particularmente con nuestra música Doña Marcelina, que así se llamaba la muger del médico. Bajaba algunas veces á oírnos al portal, y nos hacia repetir las tonadillas que mas le agradaban. Su marido no le impedía esta diversion, pues aunque Español y viejo, no era celoso. Por otra parte, su profesion le tenia empleado todo el dia, y cuando se retiraba á casa por la noche iba tan cansado de visitar enfermos, que se acostaba muy temprano, y ninguna aprension le causaba el gusto que su muger tenia de oír nuestras músicas, quizá por juzgar que no eran capaces de escitar en ella perniciosas impresiones. A esto se añadía que, aunque su muger era á la verdad jóven y linda, no le daba motivo alguno para el mas mínimo recelo, siendo de una virtud tan adusta que no podia sufrir que los hombres ni aun siquiera la mirasen. Y así no llevaba á mal tuviese aquel honesto é inocente pasatiempo, y nos dejaba cantar todo cuanto queríamos.

Una noche que fuí á la puerta del médico para divertirme, como acostumbraba, encontré al viejo escudero, que me estaba esperando. Tomóme por la mano, y me dijo queria nos fuésemos los dos á pasear un poco antes de principiar la música. Así que nos vimos en una calle escusada y solitaria, á donde me fué llevando, y donde conoció que me podia hablar con libertad:—Querido Diego, me dijo con semblante triste; tengo que comunicarte reservadamente una cosa. Temo mucho, hijo mio, que uno y otro nos hemos de arrepentir de esta música que damos á la puerta de mi amo. No puedes dudar lo mucho que te quiero, y he tenido gran gusto en enseñarte á tocar la guitarra y á cantar; pero si hubiera previsto la desgracia que nos amenaza, te aseguro de veras que hubiera escogido otro sitio para darte las lecciones. Sobresaltóme esta relacion, y supliqué al escudero que se esplicase mas claro, diciéndome francamente qué era lo que podíamos temer, porque yo no era hombre que quisiese hacer frente al peligro, y que todavía no habia dado la vuelta por España.—Voy, me respondió, á decirte lo que debes saber para conocer el riesgo en que nos hallamos.

Cuando un año ha entré á servir al médico, me llevó una mañana al cuarto de su muger, y presentándome á ella, me dijo:—Marcos, esta señora es tu ama, y siempre la has de acompañar á cualquier parte que vaya. Quedé admirado al ver á Doña Marcelina. Encontréme con una dama jóven, y en extremo hermosa, gustándome sobre todo lo airoso de su talle, y lo apacible de su semblante.—Señor, respondí al amo, me tengo por muy dichoso en servir á una señora tan amable. Desagradó tanto á Doña Marcelina mi respuesta, que con semblante airado me dijo:—